

pués, y su hija Escolástica, encerrada toda su vida, sin separarse de la cabeza paterna.

Estos residuos de la infancia, las situaciones de la existencia pasada, afluyen constantemente, siguen latiendo en su sangre, en las venas y el pulso. Su memoria está compuesta de fragmentos que emergen a «la superficie de la conciencia, unidos por vínculos absurdos, pero poderosos» (37). Pero el comportamiento insólito de Alejandra en el proceso narrativo está demostrando la decisiva influencia de otras fuerzas secretas.

Sábato se preocupa especialmente por dotar de solidez al complejo comportamiento de Alejandra: «Me propuse poner en acción —dice— una mujer muy argentina, y lo bastante complicada para que me apasionase a mí... Una mujer de la que yo mismo podría haberme enamorado» (38). Incluso reaparece en las páginas de *Abaddón el exterminador* en varias ocasiones. La estancia de Martín en la Patagonia y el paso lento de más de quince años no ha borrado la imagen de Alejandra de su espíritu, su corazón y su memoria; se mantendrá, mientras viva, «como brasas ocultas entre cenizas». El protagonista de *Sobre héroes y tumbas*, ahora, a los treinta y tres años, al recorrer los senderos del Parque Lezama con Bruno, rememora el conmovedor pasado y algunos de los episodios con su amada (39). Y ni el mismo novelista puede librarse de la pesadilla de Alejandra convertida en «delirante antorcha viva» (40).

En el proceso agencial del pasado, Alejandra es un personaje inquietante. Varios síntomas contradictorios van configurando su carácter: abstraída y animada, ambigua y nerviosa, amistosa y agresiva... Protagoniza, a veces, reacciones histéricas, de frenesí y desgarramiento; sufre obnubilaciones; se «retorcía con los ojos abiertos y alucinados». Martín se siente incapaz de comprender su comportamiento, sus momentos de histeria y pesadilla. Sin embargo, en ocasiones, cree identificarla con el país:

Y de pronto parecía como si ella fuera la patria, no aquella mujer hermosa, pero convencional de los grabados simbólicos. Patria era infancia y madre, era hogar y ternura; y eso no lo había tenido Martín; y aunque Alejandra era mujer, podría haber esperado en ella, en alguna medida, de alguna manera, el calor y la madre; pero ella era un territorio oscuro y tumultuoso, sacudido por terremotos, barrido por huracanes (41).

(37) Id., p. 211.

(38) *El escritor y sus fantasmas*, p. 20.

(39) *Abaddón el exterminador*, pp. 213-218.

(40) Id., pp. 114.

(41) *Sobre héroes...*, p. 362.

Y esto, precisamente, le hace vivir en constante sobresalto. Las sucesivas actitudes femeninas de esquividad, histeria y entrega «giran vertiginosamente» en las reflexiones de Martín. Ella misma le advierte que no se engañe con su amor, que le causará daño; se autocalifica de «basura» y se baña para eliminar su «suciedad». La crisis se intensifica con la entrega física, como veremos en otro apartado.

La psicología de Alejandra se manifiesta, además, en las descargas de los fenómenos oníricos. Podemos recordar la opinión del escritor de que «la creación artística se parece mucho al sueño, y aunque no nos lo propongamos, las figuras y espectros que nos visitan en nuestros sueños tienen o pueden tener un significado simbólico que uno no sospecharía» (42). De todas formas, no podemos olvidar de que algunas de estas manifestaciones oníricas bordean las «fantasías depresivas». Los sueños se transforman, de continuo, en pesadillas: «Siempre estoy en una pesadilla cuando duermo» (43).

Estas pesadillas nocturnas se manifiestan externamente en los movimientos y las gesticulaciones dolorosas, en los despertares atemorizados. En una de sus constataciones queda claro que los sueños tienen un carácter angustioso; representan un peligro cósmico; apuntan la zoofobia freudiana contra animales que atacan, contra la pantera que la desgarrará y la víbora que puede inocular veneno:

—Sueño siempre. Con fuego, con pájaros, con pantanos en que me hundo o con panteras que me desgarran, con víboras. Pero sobre todo el fuego. Al final siempre hay fuego. ¿No crees que el fuego tiene algo enigmático y sagrado? (44).

Los sueños perturbadores y los residuos que dejan en el estado físico pueden perfilar el síndrome de un estado depresivo. Dentro de los postulados de los psicoanalistas, parecen ser el reflejo delirante de la conciencia de una extraña culpabilidad y el preanuncio de la ejecución del castigo correspondiente.

La reiteración de la *imago* del fuego, en la confesión hecha por Alejandra, precisamente delante del Mirador del caserón de Barracas, parece significar la predicción de su destino fatal. Su autocastigo, su protagonismo de víctima y de victimaria de su padre, siguió obsesionando a Sábato. Aún trece años más tarde, revive dolorosamente la situación límite en las páginas de *Abaddón el exterminador*:

(42) *El escritor...*, p. 20.

(43) *Sobre héroes...*, p. 231.

(44) *Id.*, p. 277.

Se despertó gritando, acababa de verla avanzando en medio del fuego, con su largo pelo negro agitado por las furiosas llamaradas del mirador, como una delirante antorcha viva. Parecía correr hacia él, en demanda de ayuda. Y de pronto él sintió el fuego en su propio cuerpo, sintió cómo crepitaba su carne y cómo se agitaba debajo de su piel el cuerpo de Alejandra.

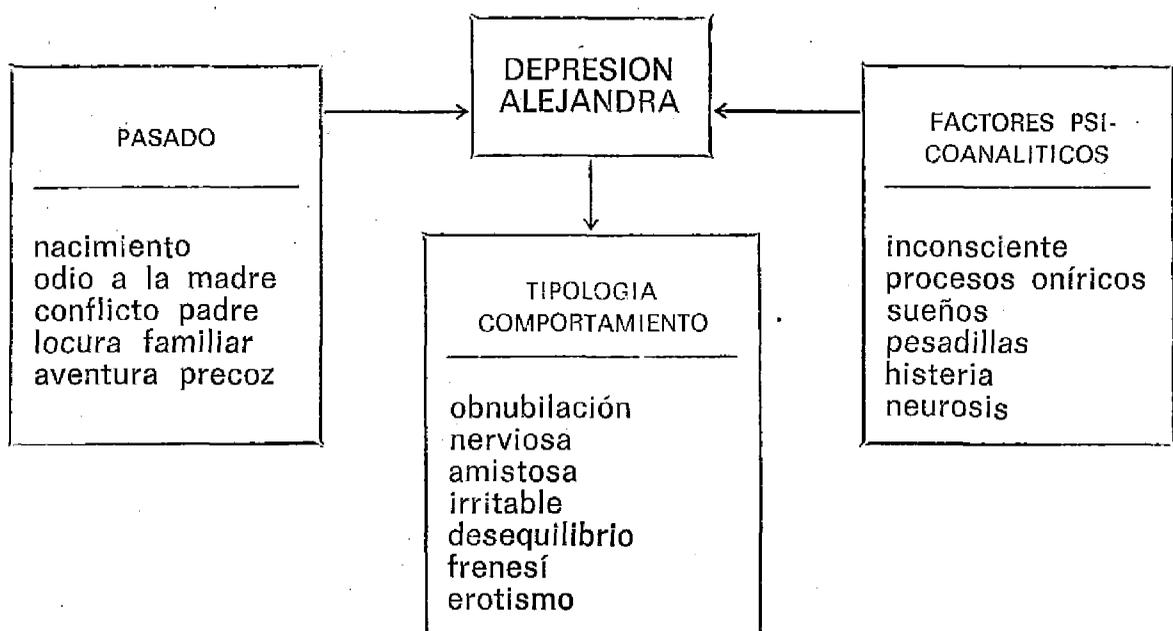
El agudo dolor y la ansiedad lo despertaron (45).

La obsesión onírica, reflejo de la preocupación del escritor y quizá también de su culpabilidad creadora, se repite, hacia las últimas secuencias de la novela, en su casa de Santos Lugares:

A la noche, Alejandra en llamas se dirigió hacia él con los ojos alucinados, con los brazos abiertos dispuestos a apretarlo para obligarlo a morir quemado con ella. Como en la ocasión anterior se despertó gritando (46).

Sábato se replantea, en más de una ocasión, las claves secretas, «cada día más escondidas», de la agente de *Sobre héroes y tumbas*. Por eso no nos puede extrañar la insuficiencia de las interpretaciones críticas.

Aquí, por ahora, nos limitaremos a apuntar un modelo mínimo, incompleto, de su proceso psicológico. Alejandra actúa en una postura centrípeta, sometida a múltiples presiones negativas que determinan sus estados de crisis, física y psíquica. La operatividad del pasado se manifiesta en la funcionalidad de factores psicoanalíticos, y los residuos de la infancia y las manifestaciones oníricas configuran sus estados de depresión, su tipología de extraño comportamiento. Podemos diagramar así el proceso:



(45) *Abaddón...*, p. 114.

(46) *Id.*, p. 279.

CATEGORIZACION DEL AMOR

Ernesto Sábato, al analizar las características de la novela contemporánea, resalta la preocupación por «el sentido sagrado del cuerpo», por la basculación hacia las relaciones amorosas del campo de la naturaleza:

El amor, supremo y desgarrado intento de comunión, se lleva a cabo mediante la carne; y así, a diferencia de lo que ocurría en la vieja novela, en que el amor era sentimental, mundano o pornográfico, ahora asume un carácter sagrado (47).

Además de su concepción personal, el escritor argentino tiene en cuenta, para sus novelas, las teorías de Nietzsche, Freud y Jung y el antifeminismo, apriorístico y desdeñoso, de Otto Weininger. Sábato conoce la funcionalidad de los factores sexo y dominio, analizados por Freud y Adler, y asimila la postura de Jung sobre las interrelaciones hombre-mujer. Para el psiquiatra suizo, en la mujer «la relación sexual tiene menos importancia que la anímica»; en cambio, «los hombres tienden a confundir *eros* con sexualidad y creen *poseer* a la mujer cuando la poseen sexualmente» (48).

La primera categorización sabatiana del amor está representada por la novela *El túnel*. Al lado de las relaciones del campo de la cultura, reglamentadas, codificadas por la moral tradicional, representadas por el matrimonio María ↔ Allende, domina la basculación hacia las relaciones eróticas prohibidas por la moral codificada. Las relaciones físicas, adulterinas, María ↔ Castel entran en el nivel denominado por el antropólogo Lévi-Straus *campo de la naturaleza*.

El pintor Castel es un individuo solitario que lucha «contra la angustia de su soledad» y busca en la posesión física de María la liberación de su aislamiento; su obsesión es apoderarse «de la realidad-mujer mediante el sexo». Espera que la entrega sea «una garantía del verdadero amor»; busca «la plena relación con el otro yo» para liberarse de la soledad y la incomunicación. Sus deseos se corresponden con las premisas del propio novelista al hablar de Lawrence. Pero el intento de Martín resulta vano; pronto descubre que el amor físico es insuficiente:

Lejos de tranquilizarme, el amor físico me perturbó más, trajo nuevas y torturantes dudas, dolorosas escenas de incompreensión, crueles experimentos con María (49).

(47) *El escritor y sus fantasmas*, p. 84.

(48) *Vid.* Sábato: *Heterodoxia*, p. 131.

(49) *El túnel*, pp. 89-90.